

Reconfiguraciones comunicativas de lo público

Jesús Martín Barbero

ITESO. Departamento de Estudios Socioculturales
Guadalajara. México

Resum

El autor parte de los conocimientos de los estudios internacionales más importantes que se han hecho sobre espacio público, comunicación política y opinión pública. De una forma especial, se basa en la teoría normativa de Jürgen Habermas. Con este bagaje se plantea el caso muy particular de la democracia en América Latina. Las dificultades que ha sufrido históricamente la implantación de la democracia en este ámbito geográfico y cultural, cree que se deben ir a buscar en la debilidad de la sociedad civil de los diferentes países del subcontinente, más que en la perversidad de sus oligarquías y ejércitos.

El autor se plantea, asimismo, los caminos que emprende la política en la así llamada globalización, a la vez que constata el hundimiento de los mediadores en la política y en la cultura.

En el texto también se intenta esbozar cómo es y será en un futuro inmediato la nueva esfera pública en la sociedad red. Cómo se articularan las relaciones comunicativas telemáticas con los diferentes mundos de la vida dentro de los cuales se crean los significados. Se afirma que la existencia de las tecnologías comunicativas actuales en la configuración de la esfera pública exigen que se hagan cambios importantes en las mentalidades, en los lenguajes y en el diseño de políticas. Porque, ¿cómo mantener la racionalidad discursiva que exige la opinión pública con un sistema comunicativo en que la imagen tiene un papel primordial? El autor hace, finalmente, un llamamiento a que nadie caiga en el error de considerar que las tecnologías pueden ser neutras, ya que son el lugar donde se concentran los intereses económicos y políticos.

Palabras clave: opinión pública, esfera pública, sociedad red, América Latina, comunicación en la red, globalización, mundos de la vida, economía, política.

Abstract. *Reconfigurations of the public sphere through communication*

The author takes as his starting-point the knowledge obtained from major international studies on public space, political communication and public opinion, in particular the normative theory of Jürgen Habermas. Within this context, he considers the very special case of democracy in Latin America. According to the author, the historical difficulties attending the implementation of democracy in this geographical and cultural area derive from the weakness of civil society in the various countries on the subcontinent, rather than from the perverse nature of its oligarchies and military structures.

The author examines the political paths of the so-called globalization era, as well as noting the collapse of political and cultural mediators.

The text attempts to outline the nature of the new public sphere, both at the present time and in the immediate future, in the context of the network society and how telematic communications will interrelate with the various spheres of life which give rise to meaning. It is argued that the place of current communication technologies in the configuration of the public sphere requires major changes in terms of political attitude, language and design. How can the rational discourse demanded by public opinion be maintained in a communication system where image plays an overriding role? Finally, the author cautions us not to make the mistake of thinking that technologies can be neutral, since they are a focus for economic and political interests.

Key words: public opinion, public sphere, network society, Latin America, network communication, globalization, spheres of life, economy, politics.

Sumario

- | | |
|---|---|
| 1. La esfera pública entre la opinión y la publicidad | 3. Globalización y crisis de la representación |
| 2. Cuando lo público es fagocitado por lo estatal | 4. Metamorfosis de lo público en la era de la información |

Si el tema de la opinión pública ha tomado importancia en la literatura política contemporánea, es porque en todas partes han entrado en crisis tanto las antiguas identificaciones —que conllevan criterios de juicio semejantes sobre cuestiones muy diferentes— como la delegación a grupos, partidos o sindicatos, de la tarea de indicar cómo se aplicaban tales criterios. En el sentido moderno, la afirmación de la opinión pública supone el reconocimiento de que todos pertenecen a una humanidad común, al mismo tiempo que el reconocimiento de la diversidad de intereses y opiniones.

Daniel Pecaut

Si hay un escenario en el que se hagan visibles los muy diversos y contradictorios elementos que componen hoy la vida política es el que nos ofrece la opinión pública. En ella convergen la racionalidad de las encuestas, y sus cálculos de probabilidad, con las artimañas de los sondeos de toda laya, a toda hora desde todos los medios. Y convergen también restos de las ideologías y las convicciones de los militantes de partido con las emociones y los sentimientos que los medios suscitan en las audiencias, a las que encauzan hacia una determinada posición. Nunca la adscripción filosófica griega de la opinión al mundo de la vida inmediata, y la pre-visión de G. Tarde al ubicar la opinión pública en el ámbito de las creencias y la comunidad creada por los medios, fueron tan actuales y certeras. La cínica interrogación de J. Baudrillard ¿puede opinar la masa?, ¿son acaso las masas representables?, y su respuesta: ni son representables ni capaces de expresión, son sólo sondeables, nos abocan —más allá

de que hoy ya no esté de moda en la academia hablar de masas— a una cuestión de fondo: la opinión pública, ¿puede sobrevivir al vaciado simbólico de la política y a su incapacidad de convocar, interpelar/construir sujetos sociales? Porque entonces ya no le quedaría sino la función de integración mediante la fabricación del consenso, y de legitimación del día a día de un poder sin demanda de sentido. Es ésa la cuestión que atraviesa y vertebra esta reflexión, hecha además desde un país en el que grandes sectores sociales no tienen aún otra forma de expresar su opinión que a través de gestos colectivos, como las manifestaciones urbanas silenciosas o el bloqueo de calles y carreteras. Con la densa, contradictoria ambigüedad, que carga todo gesto, y aun más donde esos gestos obedecen, o pueden obedecer cotidianamente, a los más distintos fines y motivaciones.

1. La esfera pública entre la opinión y la publicidad

La formación inicial de la «esfera pública burguesa» es entendida por J. Habermas como la aparición de aquella instancia «mediante la cual el interés público de la esfera privada en la sociedad burguesa deja de ser percibido exclusivamente por la autoridad y comienza a ser tomado en consideración como algo propio por los súbditos mismos»¹. Lo que emerge en la «esfera pública» es un nuevo modo de asociación no vertical —como el que se forma desde el Estado— y del que hacen parte originariamente sólo los que tienen instrucción y propiedad. Condición que lastrará a futuro esa esfera, pues no será capaz de resolver el dilema que entraña: la traducción de la voluntad general en razón universal no hará sino traducir el interés general en argumentos privados identificando el espacio político con el espacio público burgués. Un siglo después la esfera pública es redefinida por la presencia de las masas urbanas en la escena social, cuya visibilidad remite a la transformación de la política que, de un asunto de Estado, pasa a convertirse en «esfera de la comunidad, la esfera de los asuntos generales del pueblo». De otro lado, la visibilidad política de las masas va a responder también a la formación de una cultura-popular-de-masa: los dispositivos de la *massmediación* articulan los movimientos de lo público a las tecnologías de la fábrica y del periódico, al mismo tiempo que la aparición de la rotativa, gracias a la cual se amplía el número de ejemplares impresos, abarata los costos y reorienta la prensa hacia el «gran público».

La publicidad, en el sentido habermasiano, va a conectar entonces dos discursos. El de la prensa que ensambla lo privado en lo público a través del debate entre las ideologías y la lucha por la hegemonía cultural; y el de la propaganda comercial que transviste de interés público las intenciones y los intereses privados. A caballo entre ambos discursos se produce el desdoblamiento que lleva de lo público al público que conforman los lectores y los espectadores de las diversas manifestaciones culturales.

1. J. HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: G. Gili, 1981, p. 171.

Pero la figura más plenamente comunicacional de lo público es la opinión pública. Ésta es entendida originariamente como la acción que se oponía a la práctica del secreto, propia del Estado absolutista, y será después el principio de la crítica como derecho del público a debatir las decisiones políticas, esto es el debate ciudadano: espacio de articulación entre la sociedad civil y la sociedad política, entre conflicto y consenso. Ya a mediados del siglo XIX, Tocqueville introduce otra versión de la opinión pública², la voluntad de las mayorías, relegando a un segundo plano la libertad individual de los ciudadanos, con todo lo que ello implicará de contradicciones para una democracia en la que lo cuantitativo pesará siempre más que lo cualitativo. Unos pocos años después, Gabriel Tarde reubica definitivamente la idea de opinión pública en el ámbito de la comunicación al analizar el cruce de la transformación de las creencias de la muchedumbre³ en opinión política y el desarrollo del medio en que ésta se expresa, la prensa. Lo que interesa a Tarde es el nuevo tipo de colectividad que emerge —el público— como efecto psicológico de la difusión de la opinión. Ese efecto va a ser el desplazamiento de la legitimidad de lo político desde afuera hacia dentro. Habermas ve ahí el punto de sutura de aquella esfera pública que surgió con la entrada en la política de las masas de desposeídos: la desprivatización radical de esa esfera ha ido destruyendo las bases de la publicidad burguesa, borrando los linderos entre Estado y sociedad. La recomposición de la hegemonía «acabó arruinando la vieja base de lo público sin dotarla de una nueva»⁴.

No es otro el caso que, cambiando de siglo, analizará J. Baudrillard, y del que emergerá su proclama sobre «la implosión de lo social en la masa» y el fin de lo político. Pues «ya no es posible hablar en su nombre [el de las masas], ya no son una instancia a la que nadie pueda referirse como en otro tiempo a la clase o al pueblo»⁵. Sin los radicalismos de Baudrillard, la reflexión de R. Sennet sobre el declive del hombre público acaba con otra proclama: «el espacio público es un área de paso, ya no de permanencia»⁶. La crisis de lo público es, por un lado, la razón del repliegue hacia la privacidad de la familia y la intimidad del individuo y, por otro, ese repliegue apunta a una transformación general de las relaciones sociales. La «sociedad del riesgo»⁷ de que habla U. Beck recoloca esa transformación en el territorio conformado por la crisis que amenaza a las grandes instituciones que la modernidad industrial convirtió en la fuente del sentido de lo público —y del significado de la vida personal—, el trabajo y la política. Que es la propia privacidad/intimidad de los individuos la que sufre de, a la que ha tocado, la ausencia de sentido en que se precipita lo público, es lo que plantea bien claramente el que varios de los

2. A. de TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*. París: Gallimard, 1950, vol. 2, p. 215.

3. G. TARDE, *L'Opinion et la Foule*. París: Alcan, 1901.

4. J. HABERMAS, obra citada, p. 205.

5. J. BAUDRILLARD, *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairos, 1978, p. 29 y s.

6. R. SENNET, *El declive del hombre público*, 23, Barcelona: Península, 1978.

7. U. BECK, *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 95-191.

últimos libros de sociólogos de la talla de A. Giddens y Z. Bauman⁸ estén dedicados a examinar las mutaciones que atraviesan esos tradicionales espacios de sentido.

No es extraño que, en una sociedad descentrada como la actual —en la que ni el Estado, ni la Iglesia, ni los partidos políticos, pueden ya vertebrarla— y estructuralmente mediada por la presencia de un entorno tecnológico productor de un flujo incesante de discursos e imágenes, lo público se halle cada día más identificado con lo escenificado en los medios, y el público —cada vez más lejano del pueblo—, con sus audiencias. La opinión pública que los medios fabrican con sus encuestas y sondeos tiene así cada vez menos de debate y crítica ciudadanos y más de simulacro: sondeada —sometida a un montón de sondeos diarios— la sociedad civil, pierde su heterogeneidad y su espesor conflictivo para reducirse a una existencia estadística. Y el vacío social de la representación facilitará la asimilación del discurso político al modelo de comunicación hegemónico, esto es, el que proponen la televisión y la publicidad.

2. Cuando lo público es fagocitado por lo estatal

Podría narrarse la historia de América Latina como una continua y recíproca «ocupación del terreno». No hay una demarcación estable, reconocida por todos. Ninguna frontera física y ningún límite social otorgan seguridad. Así nace y se interioriza de generación en generación un miedo ancestral al invasor, al otro, al diferente, venga de arriba o de abajo.

Norbert Lechner

Mirando desde América Latina, el espacio público aparece históricamente confundido con, o subsumido en, lo estatal. Cuando el orden colectivo se percibe precario, y es a la vez idealizado como algo preconstituido ontológicamente —no construido política y cotidianamente—, la heterogeneidad de lo social aparece como disgregación y ruptura del orden⁹. El autoritarismo en América Latina no puede ser entonces comprendido como una tendencia perversa de sus militares o de sus políticos, responde a la precaridad de la sociedad civil y a la complejidad de mestizajes que contiene. De ahí la tendencia a hacer del Estado nación la figura que contrarreste en forma vertical y centralista las debilidades societales y las fuerzas de la dispersión. Definido

8. A. GIDDENS, *La transformación de la intimidad*. Madrid: Cátedra, 1995; del mismo autor: *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península, 1997; Z. BAUMAN, *Le sfide dell'etica*. Milán: Feltrinelli, 1993; del mismo autor: *Il teatro dell'immortalità. Moralità, immortalità e altre strategie di vita*. Bolonia: Il Mulino, 1995.
9. N. LECHNER, *Los patios interiores de la democracia*. Santiago: Flacso, 1988, p. 99.

por los populismos en términos de lo telúrico y lo racial, de lo auténtico y lo ancestral, lo nacional no tiene historia o sólo una historia legendaria de héroes y arquetipos; lo que ha significado la permanente sustitución del pueblo por el Estado y el protagonismo de éste en detrimento de la sociedad civil¹⁰. La preservación de la identidad nacional se confunde con la preservación del Estado, y la defensa de los «intereses nacionales», puesta por encima de las demandas sociales, acabará justificando —como lo hizo en los años setenta la «doctrina de la seguridad nacional»— la suspensión/supresión de la democracia. Los países de América Latina tienen una larga experiencia de esa inversión de sentido, mediante la cual la identidad nacional es puesta al servicio de un chauvinismo que racionaliza y oculta la crisis del Estado nación como sujeto capaz de hacer real aquella unidad que articularía las demandas y representaría los diversos intereses que cobija su idea. Crisis disfrazada por los populismos y los desarrollismos pero operante, pues las naciones se formaron subordinando toda diferencia a un Estado que, más que integrar, lo que supo fue centralizar.

Hasta hace bien poco el debate político y cultural se movía en Latinoamérica entre «esencias nacionales e identidades de clase»¹¹. Fue sólo a partir de la crisis que, para esa visión, significaron los regímenes dictatoriales de los años setenta cuando se vino a poner en cuestión el modelo que exigía disolver el ambiguo espesor de lo social, lo colectivo, lo público, como condición indispensable de la construcción de la nación. Después de años en que la mayoría de los países de la región estuvieron bajo regímenes autoritarios, América Latina se reencuentra en los ochenta con la democracia. Pero ese reencuentro se produce en un momento dominado por la agudización de los conflictos sociales que acarrea la deuda externa y el inicio de los procesos de globalización económica, por la desestructuración política del mundo socialista y la crisis de identidad ideológica de las democracias occidentales, y por la envergadura cultural del desarrollo tecnológico. La reflexión latinoamericana comienza a hacerse cargo de la necesidad de redefinir lo público a partir de la experiencia límite que enfrentaron los países dominados por dictaduras, esto es desde los modos en que la sociedad se comunica cuando el poder rompe las reglas mínimas de la convivencia democrática y estrangula la libertad y los derechos ciudadanos censurando, destruyendo, amordazando los medios hasta convertirlos en mera caja de resonancia a la voz del amo¹². Las gentes de las comunidades barriales o religiosas, y las asociaciones profesionales, redescubren la capacidad comunicativa que contie-

10. A. FLIFISCH y otros, *Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina*. Santiago: Flacso, 1984; N. LECHNER (ed.), *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1981.

11. H. SÁBATO, «Pluralismo y nación», *Punto de vista* 34. Buenos Aires, 1989, p. 2; también: H. SCHMUEGLER, «Los rostros familiares del totalitarismo: nación, nacionalismo y pluralidad», *Punto de vista* 33, Buenos Aires, 1988.

12. N. CASULLO (coord.), *Comunicación: la democracia difícil*. Buenos Aires: Ilet, 1985.

nen las prácticas cotidianas y los canales subalternos o simplemente alternos: del recado que corre de voz en voz al volante mimeografiado, al cassette-audio o el video difundidos de mano en mano, hasta el aprovechamiento de los resquicios que deja el sistema oficial. En esa situación la sociedad descubre la competencia comunicativa como la capacidad de convocatoria y conformación de la sociedad civil.

Pero al cambiar la situación y redefinirse los términos de la representatividad política y la participación social, la eficacia de aquellos modos de comunicación cambiarán también. Es por eso que las experiencias alternativas no han aportado tanto como algunos esperaban a la hora de traducirlas en propuestas de transformación del sistema de comunicación institucional. Pero el reconocimiento de esa incapacidad no borró lo que la experiencia límite sacó a flote: la reubicación del peso y el valor político de la comunicación en el espacio de lo público y de las múltiples figuras de la sociedad civil, de sus propios modos de organización, y de su capacidad de construir la interpelación política en el intertexto de cualquier discurso —informativo, estético, religioso, científico—, en suma, del sentido estratégico que tuvo la comunicación en la reconstrucción del tejido de una socialidad democrática: que es aquella en la que cuentan más las dinámicas de los actores sociales que la de los aparatos ideológicos o técnicos, y la creatividad social de los movimientos más que la maquinaria de los partidos.

De otra parte, estas sociedades asisten al desmoronamiento de unos mediadores tradicionales tanto política como culturalmente desubicados. Y frente a esa desubicación, los comunicadores saltan al primer plano suplantando en muchos casos a los intelectuales. Pero al obtener su legitimación del lugar estratégico que la mediación tecnológica ocupa en la reordenación de la cultura y la política, los comunicadores resultan incapaces de valorar el tiempo largo en que se producen los cambios de la sociedad, quedando atrapados en una «actualidad» devorada por el presente inmediato y la rentabilidad informacional. Acomodados a la nueva situación, que los dota de poder y en algunos casos de los más altos sueldos, los comunicadores asumen un protagonismo que distorsiona radicalmente su oficio de mediadores y los configura como el más fuerte «grupo de opinión», pasando así a sustituir a la opinión pública. Y ello a partir del empate entre los intereses que sostienen su poder y una pseudocultura del gremio, hecha de sondeos informales y tendenciosos, de manipulaciones de la primicia informativa, y en la que no cabe más país que el de la política tal como entre ellos se entiende. Es decir, una política en la que caben los avatares de los ministros y los congresistas, pero de la que se halla ausente el mundo del ciudadano: el de los movimientos sociales, las organizaciones barriales, el ancho mundo de las luchas cotidianas que van desde el feminismo hasta la ecología, pasando por las nuevas sensibilidades desde las que los jóvenes gritan o pintan sobre la piel de la ciudad su malestar político y su desazón ética.

3. Globalización y crisis de la representación

Quizá la política no sea ya lo que imaginábamos hasta hace poco que era, y la gente no esté dispuesta a seguir invirtiendo tiempo y energía en los ritos de marcha, la concentración y el desfile o los actos de identificación colectiva. Es probable que al aumentar los niveles educacionales de los ciudadanos y extenderse la comunicación de imágenes televisadas, al enfriarse la contienda ideológica y dilatarse los derechos del individuo, al perder gravitación los partidos y diversificarse los derechos de la gente, la política cambie de ubicación y sentido.

José Joaquín Brunner

El globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir plenamente significación histórica, afirma el sociólogo brasileño O. Ianni¹³. Pero esa significación es aún profundamente ambigua y hasta contradictoria. ¿Cómo entender los cambios que la globalización produce en nuestras sociedades sin quedar atrapados en la ideología mercantilista que orienta y legitima su actual curso, o en el fatalismo tecnológico que legitima el desarraigo acelerado de nuestras culturas? Identificada por unos con la única gran utopía posible, la de un sólo mundo compartido, y por otros con la más terrorífica de las pesadillas, la de la sustitución de los hombres por las técnicas y las máquinas, la globalización pesa tanto o más sobre el plano de los imaginarios cotidianos de la gente que sobre el de los procesos macrosociales. Hay, sin embargo, algunas dimensiones de la globalización que sí empezamos a comprender, y son justamente aquéllas que atañen a la transformación en los modelos y los modos de la comunicación.

Entender esas transformaciones nos exige, en primer lugar, un cambio en las categorías con que pensamos el espacio. Pues al transformar el sentido del lugar en el mundo, las tecnologías de la información y la comunicación están haciendo que un mundo tan intercomunicado se torne sin embargo cada día más opaco. Una opacidad que remite, de un lado, a que la única dimensión realmente mundial hasta ahora es el mercado, que más que unir lo que busca es unificar¹⁴, y lo que hoy es unificado a nivel mundial no es el deseo de cooperación, sino el de competitividad. Y, de otro lado, la opacidad remite a la densidad y comprensión informativa que introducen la virtualidad y la velocidad en un espacio mundo hecho de redes y flujos, más que de encuentros. Un mundo así configurado debilita radicalmente las fronteras de lo nacional y lo local, al mismo tiempo que convierte esos territorios en puntos de acceso y transmisión, de activación y transformación del sentido del comunicar. Y, sin

13. O. IANNI, *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI, 1996, p. 3.

14. SANTOS, M. «Espaço, mundo globalizado, pos-modernidade», *Margem* 2. Sao Paulo, 1993, p. 9-22; del mismo autor, *A natureza do espaço: técnica e tempo*. Sao Paulo: Hucitec, 1996.

embargo, nos sigue siendo imposible habitar el mundo sin algún tipo de anclaje territorial, de inserción en lo local. Ya que es en el lugar, en el territorio, donde se despliega la corporeidad de la vida cotidiana y la temporalidad —la historia— de la acción colectiva, que son la base de la heterogeneidad humana y de la reciprocidad, rasgos fundantes de la comunicación humana, lo cual exige plantear que el sentido de lo local no es unívoco. Pues uno es el que resulta de la fragmentación, producida por la deslocalización que entraña lo global, y otro la revalorización de lo local como ámbito donde se contrarresta (o complementa) la globalización, su autorrevalorización como derecho a la autogestión y la memoria propia, ambos ligados a la capacidad de construir relatos e imágenes de identidad, lo que no puede confundirse con la regresión a los particularismos y los fundamentalismos racistas y xenófobos que, aunque motivados en parte por la misma globalización, acaban siendo la forma más extrema de la negación del otro, de todos los otros.

Estamos entonces necesitados de diferenciar las lógicas unificantes de la globalización económica de las que mundializan la cultura. Pues la mundialización cultural no opera desde afuera sobre unas esferas dotadas de completa autonomía, como serían las de lo nacional o lo local. «Sería impropio hablar de una “cultura mundo” cuyo nivel jerárquico se situaría por encima de las culturas nacionales o locales. El proceso de mundialización es un fenómeno social total, que para existir se debe localizar, enraizarse, en las prácticas cotidianas de los hombres»¹⁵. La mundialización no puede entonces confundirse con la estandarización de los diferentes ámbitos de la vida, que fue lo que produjo la revolución industrial. Ahora nos encontramos ante otro tipo de proceso, que se expresa en la cultura de la modernidad mundo, que es una nueva manera de estar en el mundo, de la que hablan los hondos cambios producidos en el mundo de la vida: en el trabajo, la pareja, el vestido, la comida, el ocio. Y en los nuevos modos de inserción en, y percepción de, el tiempo y el espacio, con todo lo que ellos implican de descentralización que concentra poder y del desarraigo que empuja las culturas a hibridarse. Que es lo que sucede cuando los medios de comunicación y las tecnologías de la información se convierten en productores y vehículos de la mundialización de imaginarios ligados a músicas e imágenes que representan estilos y valores desterritorializados, y a los que corresponden también nuevas figuras de memoria.

La mundialización de la cultura reconfigura también el sentido de la ciudadanía: «De tanto crecer hacia fuera, las metrópolis adquieren los rasgos de muchos lugares. La ciudad pasa a ser un caleidoscopio de patrones y valores culturales, lenguas y dialectos, religiones y sectas, etnias y razas. Distintos modos de ser pasan a concentrarse y convivir en el mismo lugar, convertido en síntesis del mundo»¹⁶. Al mismo tiempo, vemos aparecer la figura de una ciu-

15. R. ORTIZ, «Cultura e modernidade-mundo», en *Mundialização e cultura*. Sao Paulo: Brasiliense, 1994, p. 71 y s.

16. O. IANNI, «Nação e globalização», en *A era do globalismo, Civilização Brasileira*. Rio de Janeiro, 1996, p. 97-125.

ciudadanía mundial inaugurando nuevos modos de representación y participación social y política¹⁷. Pues también las fronteras que constreñían el campo de la política y los derechos humanos hoy no son sólo borrosas sino móviles, cargando de sentido político los derechos de las etnias, las razas, los géneros. Lo cual no debe ser leído ni en la clave optimista de la desaparición de las fronteras y el surgimiento (¡al fin!) de una comunidad universal, ni en la catastrofista de una sociedad en la que la «liberación de las diferencias» acarrearía la muerte del tejido societario, de las formas elementales de la convivencia social. Como lo ha señalado J. Keane¹⁸, existe ya una esfera pública internacional que moviliza formas de ciudadanía internacional, como lo muestran las organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos y las ONG que, desde cada país, median entre lo transnacional y lo local.

Con la globalización el proceso de racionalización parece estar llegando a su límite: después de la economía son los mundos de la política y la cultura los racionalizados. En su genealogía de las relaciones entre secularización y poder¹⁹, G. Marramao centra su reflexión sobre la obra de Weber en la idea, compartida con F. Tonnies, de que la racionalización constitutiva de la moderna sociedad iba a significar la ruptura con cualquier forma orgánico-comunitaria de lo social y su reorganización como «mundo administrado», aquél en el que la política no puede comprenderse por fuera de la burocracia, que es el modo «formalmente más racional de ejercicio del poder». Lo que implicaría la pérdida de los valores tradicionales de respeto y autoridad, es decir, la «ruptura del monopolio de la interpretación» que venía forjándose desde la Reforma protestante. Esa ruptura y pérdida harán parte del largo proceso de conformación de una jurisdicción secular de la soberanía estatal, esto es, de la constitución del Estado moderno. Sólo a fines del siglo XVIII la idea de secularización se convertirá en la categoría que hace explícita la concepción unitaria del tiempo histórico: del tiempo global de la historia del mundo. Hegel ya había llamado «mundanización» al proceso formativo de la esfera global mundana, que es la que hoy resulta del cruce del proceso de secularización con el de globalización. ¿Será el sistema mundo²⁰ de la globalización el punto de llegada del desencantamiento de la política de la mano del desarrollo tecnológico y la racionalidad administrativa? Es lo que Vázquez Montalbán plantea, con su acostumbrada ironía, cuando afirma que hacer política hoy es elaborar un Presupuesto General del Estado lo más ajustado posible al interés general. Para lo cual los saberes que el político necesita son dos: el jurídico-administrativo y el de comunicación publicitaria. Primera paradoja: el desencantamiento de la

17. KYMLICKA, W. *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós, 1996.

18. J. KEANE, «Structural Transformation of the Public Sphere», *The communication Review*, vol.1, 1, University of California, 1995.

19. G. MARRAMAIO, *Potere e secolarizzazione-Le categorie del tempo*. Milán: Editori Reuniti, 1983; *Cielo e Terra: genealogia della secolarizzazione*. Turín: Laterza, 1994.

20. I. WALLERSTEIN, «A cultura e o sistema-mundo», en M. FEATHERSTONE (org.), *Cultura global. Nacionalismo, cultura e modernidade*. Petrópolis: Vozes, 1999.

política transforma al espacio público en espacio publicitario, convirtiendo al partido en un aparato medio especializado de comunicación, y deslegitimando cualquier intento de reintroducir la cuestión de los fines. ¿Para qué, si la «ética del poder» legitima la doble verdad, la doble contabilidad, la doble moral, y el carisma puede ser fabricado por la ingeniería mediática? Segunda paradoja: después de la caída del Muro, ¿tiene sentido seguir hablando de democracia? Es bien sintomático que sea un agnóstico, como Vázquez Montalbán, quien introduzca la cuestión del sentido en la política: «Necesitamos una idea de finalidad, que se parezca, sin serlo, a una propuesta trascendente. [Y para ello] hay que considerar la sabiduría de lo que nos ha dado el negativo de esas ideas de finalidad, bien sea por la vía religiosa o la de las ideologías»²¹.

Pero la ausencia de sentido en la política remite más allá de la corrupción del poder y de la ingeniería mediática a «la desaparición del nexo simbólico capaz de constituir alteridad e identidad»²². Abstracción que viene a conectar, paradójicamente, con otra dimensión de la *massmediación* política: frente al «viejo» militante que se definía por sus convicciones, y una relación pasional (cuasi corpórea) con «la causa», el telespectador de la política es una pura abstracción, parte del porcentaje de una estadística. Y es a esa abstracción a la que se dirige el discurso político televisado, pues lo que busca ya no son adhesiones, sino puntos en la estadística de los posibles votantes. Aunque aún sobrevive en nuestros países el tono y la retórica de la política en la calle, hoy es casi impensable una identificación pueblo/líder como la que producía un grito en el discurso de un caudillo. En la televisión ese grito no sólo no resuena, sino que sería un gafe que le costaría muchos votos al candidato. Pues frente a la muchedumbre imprevisible que se reunía en la plaza, conformando una «colectividad de pertenencia», lo que ahora tenemos es la desagregada, individualizada, experiencia de los televidentes en casa. La atomización de los públicos trastorna no sólo el sentido del discurso político, sino también aquello que le daba sustento, el sentido del lazo social, esto es «el conjunto de las relaciones simbolizadas (admitidas y reconocidas) entre los hombres».

Si los públicos de la política casi no tienen rostro, y son cada vez más una estadística, ése es un cambio que no produce la televisión sino la sociedad, y que la televisión se limita a catalizar. Es el proceso de abstracción que está a la base de la modernidad —y del capitalismo—: el desencantamiento del mundo por una racionalización que deja sin piso las dimensiones mágico-místicas de la existencia humana, esa «jaula de hierro» en la que reina la razón instrumental, que al operativizar el poder fáustico, cognitivo y tecnológico del hombre, convierte al mundo en algo predecible y dominable pero también frío, insignificante e insípido. *Secular* significa para Weber una sociedad en la que la

21. M. VAZQUEZ MONTALBÁN, *Panfleto desde el planeta de los simios*. Barcelona: Crítica-Grijalbo, 1995, p. 55 y p. 92.

22. M. AUGÉ, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa, 1995, p. 88; también a ese propósito: C. CASTORIADIS, *El mundo fragmentado*. Montevideo: Altamira, 1993.

desaparición de las seguridades tradicionales resquebraja los lazos que hacían la integración de la ciudad. Con esa desintegración conecta la atomizada, la socialmente desagregada experiencia de lo político que procura la televisión, pero en esa experiencia no hay únicamente repliegue sobre lo privado, sino una profunda reconfiguración de las relaciones entre lo privado y lo público, la superposición de sus espacios y el emborronamiento de sus fronteras. Lo que identifica la escena pública con lo que pasa en la televisión no son únicamente las inseguridades y violencias de la calle, sino la complicidad del *sensorium* que moviliza la televisión con el de la ciudad no lugar²³. La atomización de los públicos de la política, y su transformación en audiencias sondeables, es inseparable de la doble crisis que atraviesa la representación: la del desgaste de las dimensiones simbólicas, que la mediación tecnológica cataliza pero no explica, pues remiten al déficit de sentido que experimenta lo social, y la que introduce la política neoliberal deteriorando los mecanismos básicos de la cohesión sociopolítica. Pues del pueblo que se tomaba políticamente la calle al público que semanalmente iba al teatro o al cine, la transición conservaba el carácter activo y colectivo de la experiencia, pero del público de cine a las audiencias de televisión el desplazamiento señala una mutación: la pluralidad social sometida a la lógica de la desagregación radicaliza la experiencia de la abstracción políticamente no representable. La fragmentación de la ciudadanía es entonces tomada a cargo por el mercado que, mediante el *rating*, se ofrece a la política como su mediador.

Pues la política se ha vuelto incapaz de poner en comunicación el mundo de la economía (de la producción, del mercado) con los mundos de vida (de las identidades y la construcción del sentido). Se trata de una incapacidad que guarda estrecha relación con su concepción racionalista, a la que se refiere Alain Touraine cuando observa que la vida política ha sido considerada como el ámbito perteneciente al orden de la razón y la ley, mientras que la vida privada se halla regida por la tradición, y su ámbito es el de la familia, el sentimiento y la pasión²⁴. Ese maniqueísmo se convierte en esquizofrenia colectiva cuando la globalización completa la separación entre la racionalidad de la economía y el mundo de las identidades. Es lo que Castells plantea lúcidamente al analizar la sociedad red²⁵ en cuanto regida, de un lado, por el mundo de la racionalidad económica —basada en los flujos globales de riqueza, tecnología, información y poder— y, de otro, regida por el mundo intersubjetivo de las identidades enraizadas al territorio y las tradiciones. El quiebre de la capacidad comunicativa de la política se ve agravado cuando la globalización exaspera hasta hacer alucinar a las identidades básicas, a las identidades que echan sus raíces en los tiempos largos. La política se queda sin lenguaje que le permita mediar entre la racionalidad mercantil y la pasión identitaria.

23. M. AUGÉ, *Los «no lugares». Espacios de anonimato*. Barcelona: Gedisa, 1993, p. 81-119.

24. A. TOURAINE, «La décomposition de l'ordre politique», en M. WIEVIORKA, *Une société fragmentée?* París: La Découverte, 1997, p. 191 y s.

25. M. CASTELLS, *La era de la información*, vol.1: *La sociedad red*. Madrid: Alianza, 1997.

Vivimos hoy otra perturbación del sentimiento histórico que incide aún más fuertemente en la crisis de la representación, es la que afecta a lo nacional, y que paradójicamente resultaría, según P. Nora, de la tardomoderna pasión por la memoria: «El relevo del mito nacional por la memoria supone una mutación profunda: un pasado que ha perdido la coherencia organizativa de una historia se convierte por completo en espacio patrimonial»²⁶. Y una memoria nacional edificada sobre la reivindicación patrimonial estalla, se descentra, se divide y se multiplica hasta desintegrarse. Cada región, cada localidad, cada grupo —los costeños, los indígenas, las mujeres— reclama el derecho a su memoria. «Poniendo en escena una representación fragmentada de la unidad territorial de lo nacional, los lugares de memoria celebran paradójicamente el fin de la novela nacional»²⁷. Que era la que dotaba de legitimidad tanto a la palabra del intelectual como al discurso de los políticos. Pero, ¿en nombre de quién hablan hoy esas voces, cuando el sujeto social unificado en las figuras/categorías de pueblo y de nación estalla, desnudando el carácter problemático y reductor de las configuraciones de lo colectivo y lo público? La desintegración del lazo social tiene hoy un escenario clave en el ámbito del trabajo. Giuseppe Richeri ha referido lúcidamente la desintegración sufrida por la política en Italia a las secretas conexiones entre la fragmentación constitutiva del discurso público que produce la televisión y la disgregación del tejido de tradiciones e interacciones que daban consistencia al sindicato y al partido político de masas²⁸: las fábricas se descentralizan, las profesiones se diversifican y se hibridan, los lugares y las ocasiones de interacción se reducen, al mismo tiempo que la trama de intereses y objetivos políticos se desagrega. Y en cuanto a los partidos, también la pérdida de los lugares de intercambio con la sociedad, el desdibujamiento de las maneras de enlace, de comunicación de los partidos con la sociedad produce su progresivo alejamiento del mundo de la vida social, hasta convertirse en puras maquinarias electorales cooptadas por las burocracias del poder. La elección del magnate de la televisión italiana, Berlusconi, como primer ministro, y el peso que la coalición que él preside ha conseguido, dejaría de ser mera coincidencia para tornarse síntoma de la nueva trama discursiva de que está hecha la representación política.

Lo que ahí se configura no es la disolución de la política, sino la reconfiguración de las mediaciones en que se constituyen sus modos de interpelación de los sujetos y representación de los vínculos que cohesionan una sociedad. Pues, aunque atravesados por las lógicas del mercado, los medios de comunicación constituyen hoy espacios decisivos del reconocimiento social. Más que a sustituir, la mediación televisiva o radial ha entrado a constituir, a hacer parte de la trama de los discursos y de la acción política misma, ya que lo que esa mediación produce es la densificación de las dimensiones simbólicas, rituales

26. P. NORA, *Les lieux de memoire*, vol. III. París: Gallimard, 1992, p. 1099.

27. O. MONGUIN, «Una memoria sin historia?», *Punto de vista*, 49. Buenos Aires: 1994, p. 25.

28. G. RICHERI, «Crisis de la sociedad y crisis de la televisión», *Contratexto*, 4. Lima, 1989.

y teatrales que siempre tuvo la política. Es la especificidad de esa producción la que resta impensada y, en cierta medida, impensable, para la concepción instrumental de la comunicación que permea la mayor parte de la crítica. Porque el medio no se limita a vehicular o traducir las representaciones existentes, ni puede tampoco sustituirlas, sino que ha entrado a constituir una escena fundamental de la vida pública. En los medios se hace, y no sólo se dice, lo público. Cuando una emisora radial le da la palabra a una mujer de un barrio popular para que le cuente al jefe del acueducto en persona que en su barrio llevan más de dos meses sin agua, y el funcionario se compromete públicamente a que en dos semanas estará solucionado el problema, ahí se reconfigura lo público, sentimentalizado y vedetizado, pero la presencia de esas dimensiones afectivas y rituales, que el medio sin duda potencia, no despolitiza la acción, sino que reintroduce en la racionalidad formal las mediaciones de la sensibilidad que el racionalismo del «contrato social» creyó poder (hegelianamente) superar. Lo que nos conduce a la pregunta por los cambios en la sensibilidad que están mediando las transformaciones de la socialidad.

4. Metamorfosis de lo público en la era de la información

En los últimos años empezamos a comprender la necesidad de insertar las relaciones medios/política en un mapa cruzado por tres ejes: el de la construcción de lo público, la constitución de los medios y las imágenes en espacio de reconocimiento social, y las nuevas formas de existencia y ejercicio de la ciudadanía. Fagocitado casi siempre por lo estatal, sólo en los últimos años lo público empieza a ser percibido en las peculiaridades de su autonomía, sustentada en su doble relación con los ámbitos de la «sociedad civil» y de la comunicación. Articulando el pensamiento de H. Arendt y el de R. Sennet, lo público se configura como «lo común, el mundo propio a todos», lo que implica que —como la misma Arendt ya afirmaba— ello sea al mismo tiempo «lo difundido, lo “publicitado” entre la mayoría»²⁹. Que es en lo que hace hincapié Sennet cuando refiere lo público a aquel espacio de la ciudad (desde el ágora griega) en el que la gente se junta para intercambiar informaciones y opiniones, para deambular escuchando y entretenerse controvirtiendo³⁰. Germán Rey ha explicitado y desarrollado esta articulación fundante de lo público entre el interés común, el espacio ciudadano y la interacción comunicativa³¹: circulación de intereses y discursos en plural, pues lo que tienen de común no niega en modo alguno lo que tienen de heterogéneos, ya que ello es lo que permite el reconocimiento de la diversidad de que está hecha la opinión pública, su contrastación. Pues es

29. H. ARENDT, *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.

30. R. SENNET, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza, 1997.

31. G. REY, *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*. Bogotá: Cerec/Fundación social/Fescol, 1998.

lo propio de la ciudadanía hoy el estar asociada al «reconocimiento recíproco», esto es, al derecho a informar y ser informado, a hablar y ser escuchado, imprescindible para poder participar en las decisiones que conciernen a la colectividad. Una de las formas hoy más flagrantes de exclusión ciudadana se sitúa justamente ahí, en la desposesión del derecho a ser visto y oído, que equivale al de existir/contar socialmente, tanto en el terreno individual como el colectivo, en el de las mayorías como de las minorías. Derecho que nada tiene que ver con el exhibicionismo vetetista de los políticos en su perverso afán por sustituir su perdida capacidad de representar lo común por la cantidad de tiempo en pantalla.

La cada vez más estrecha relación entre lo público y lo comunicable —ya presente en el sentido inicial del concepto político de publicidad en la historia trazada por Habermas— pasa hoy decisivamente por la ambigua, y muy cuestionada, mediación de las imágenes. Pues la centralidad ocupada por el discurso de las imágenes —de las vallas a la televisión, pasando por las mil formas de afiches, grafitos, etc.— es casi siempre asociada, o llanamente reducida, a un mal inevitable, a una incurable enfermedad de la política contemporánea, a un vicio proveniente de la decadente democracia norteamericana, o a una concesión a la barbarie de estos tiempos que tapan con imágenes su falta de ideas. Y no es que en el uso que de las imágenes hace la sociedad actual y la política haya no poco de todo eso, pero lo que necesitamos comprender va más allá de la denuncia, hacia una comprensión de lo que esa mediación de las imágenes produce socialmente, único modo de poder intervenir sobre ese proceso. Y lo que en las imágenes se produce es, en primer lugar, la salida a flote, la emergencia de la crisis que sufre, desde su interior mismo, el discurso de la representación. Pues si es cierto que la creciente presencia de las imágenes en el debate, las campañas y aun en la acción política, espectaculariza ese mundo hasta confundirlo con el de la farándula, los reinados de belleza o las iglesias electrónicas, también es cierto que por las imágenes pasa una construcción visual de lo social, en la que esa visibilidad recoge el desplazamiento de la lucha por la representación a la demanda de reconocimiento. Lo que los nuevos movimientos sociales y las minorías —las étnias y las razas, las mujeres, los jóvenes o los homosexuales— demandan no es tanto ser representados, sino reconocidos: hacerse visibles socialmente en su diferencia. Lo que da lugar a un modo nuevo de ejercer políticamente sus derechos. Y, en segundo lugar, en las imágenes se produce un profundo descentramiento de la política, tanto sobre el sentido de la militancia como del discurso partidista. Del fundamentalismo sectario que acompañó, desde el siglo pasado hasta bien entrado el actual, el ejercicio de la militancia, tanto en las derechas como en las izquierdas, las imágenes dan cuenta del «enfriamiento de la política»³², con el que N. Lechner denomina la «desactivación de la rigidez en las pertenencias»,

32. N. LECHNER, «La democratización en el contexto de una cultura postmoderna, en *Cultura política y democratización*. Santiago: Flacso/Clacso/ICI, 1987, p. 254; Bogotá, septiembre de 2000.

que posibilita fidelidades más móviles y colectividades más abiertas. Y en lo que al discurso respecta, la nueva visibilidad social de la política cataliza el desplazamiento del discurso doctrinario, de carácter abiertamente autoritario, a una discursividad si no claramente democrática, hecha al menos de ciertos tipos de interacciones e intercambios con otros actores sociales. De ello son evidencia tanto las encuestas o sondeos masivos con los que busca legitimar el campo de la política como la proliferación creciente de observatorios y veedurías ciudadanas. Resulta bien significativa esta, más que cercanía fonética, articulación semántica entre la visibilidad de lo social que posibilita la constitutiva presencia de las imágenes en la vida pública y las veedurías como forma actual de fiscalización e intervención de los ciudadanos.

De otra parte, el vacío de utopías que atraviesa el ámbito de la política se ve llenado en los últimos años por un cúmulo de utopías provenientes del campo de la tecnología y la comunicación: «aldea global», «mundo virtual», «ser digital», etc. Y la más engañosa de todas, la «democracia directa», atribuyendo al poder de las redes informáticas la renovación de la política y superando de paso las «viejas» formas de la representación por la «expresión viva de los ciudadanos», ya sea votando por Internet desde la casa o emitiendo telemáticamente su opinión. Estamos ante la más tramposa de las idealizaciones, ya que en su celebración de la inmediatez y la transparencia de las redes cibernéticas lo que se está minando son los fundamentos mismos de «lo público», esto es, los procesos de deliberación y de crítica, al mismo tiempo que se crea la ilusión de un proceso sin interpretación ni jerarquía, se fortalece la creencia en que el individuo puede comunicarse prescindiendo de toda mediación social, y se acrecienta la desconfianza hacia cualquier figura de delegación y representación.

Hay sin embargo, en no pocas de las proclamas y búsquedas de una «democracia directa» vía Internet, un trasfondo libertario que apunta a la desorientación en que vive la ciudadanía como resultado de la ausencia de densidad simbólica y la incapacidad de convocación que padece la política representativa. Tránsito libertario que señala también la frustración que produce, especialmente entre las mujeres y los jóvenes, la incapacidad de representación de la diferencia en el discurso que denuncia la desigualdad. Devaluando lo que la nación tiene de horizonte cultural común —por su propia incapacidad de articular la heterogeneidad, la pluralidad de diferencias de las que está hecha—, los medios y las redes electrónicas se están constituyendo en mediadores de la trama de imaginarios que configura la identidad de las ciudades y las regiones, del espacio local y barrial, vehiculando así la multiculturalidad que hace estallar los referentes tradicionales de la identidad.

Virtuales, las redes no son sólo técnicas, sino también sociales: ahí está el dato duro de que Internet sólo concierne hoy a un 1% de la población mundial, y de que su requisito, el teléfono, nos aboca a paradojas como ésta: ¡hay más líneas telefónicas en la isla de Manhattan que en toda África! Por más que el crecimiento de los usuarios en América Latina sea rápido, los tipos de usos diferencian radicalmente el significado social del estar enchufado a la red. Pues

entre el peso de la información estratégica para la toma de decisiones financieras y la levedad del paseante extasiado ante las vitrinas de los bulevares virtuales hay un buen trecho. Que se hace mucho mayor cuando el crecimiento de la riqueza interior a la red es conectado con la acelerada pauperización social y psíquica que se vive en su exterior: en el lugar desde el que la gente se enchufa a la red. Todo lo cual tiene poco que ver con las tan repetidas y gastadas denuncias de la homogeneización de la vida o la devaluación de la lectura de libros. Pues la virtualidad de las redes escapa a la razón dualista con la que estamos habituados a pensar la técnica, haciéndolas a la vez abiertas y cerradas, integradoras y desintegradoras, totalizadoras y destotalizantes, nicho y pliegue en el que conviven y se mezclan lógicas, velocidades y temporalidades tan diversas como las que entrelazan las narrativas de lo oral, con la intertextualidad de las escrituras y las intermedialidades del hipertexto.

La toma de distancia crítica del vértigo en que nos sumergen las innovaciones tecnológicas empieza por romper el espejismo producido por el régimen de inmaterialidad que rige el mundo de las comunicaciones, desde la cultura hasta el dinero, esto es, la pérdida de espesor físico de los objetos, haciéndonos olvidar que nuestro mundo está a punto de naufragar bajo el peso y el espesor de los desechos acumulados de toda naturaleza. Pero, al mismo tiempo, cualquier cambio en esa situación pasa por asumir la presencia y la extensión irreversible del entorno tecnológico que habitamos. Pues no es cierto que la penetración y expansión de la innovación tecnológica en el entorno cotidiano implique la sumisión automática a las exigencias de la racionalidad tecnológica, de sus ritmos y sus lenguajes. De hecho, lo que está sucediendo es que la propia presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y de relaciones, tanto con los objetos como con las personas, en las que la recuperación de la densidad física y el espesor sensorial son el valor primordial. Y para los apocalípticos —que tanto abundan hoy— ahí están los usos que de las redes hacen muchas minorías y comunidades marginadas introduciendo ruido en las redes, distorsiones en el discurso de lo global, a través de las cuales emerge la palabra de otros, de muchos otros. Y esa vuelta de tuerca que evidencia en las grandes ciudades el uso de las redes electrónicas para construir grupos que, virtuales en su nacimiento, acaban territorializándose, pasando de la conexión al encuentro, y del encuentro a la acción. Y por más tópico que resulte, ahí está la palabra del comandante Marcos introduciendo (junto con el ruido de fondo que pone la sonoridad de la selva Lacandona) la gravedad de la utopía en la levedad de tanto chismorreo como circula por Internet.

El uso alternativo de las tecnologías informáticas en la reconstrucción de la esfera pública pasa sin duda por profundos cambios en los mapas mentales, en los lenguajes y los diseños de políticas, exigidos todos ellos por las nuevas formas de complejidad que revisten las reconfiguraciones e hibridaciones de lo público y lo privado. Empezando por la propia complejidad que a ese respecto presenta Internet: un contacto privado entre interlocutores que es a su vez mediado por el lugar público que constituye la red: proceso que a su vez introduce una ver-

dera explosión del discurso público al movilizar la más heterogénea cantidad de comunidades, asociaciones, tribus, que al mismo tiempo que liberan las narrativas de lo político desde las múltiples lógicas de los mundos de vida, despotencian el centralismo burocrático de la mayoría de las instituciones, y potencian la creatividad social en el diseño de la participación ciudadana.

Que nadie se confunda, las tecnologías no son neutras, pues más que nunca ellas constituyen hoy enclaves de condensación e interacción de mediaciones sociales, conflictos simbólicos e intereses económicos y políticos. Pero eso mismo que ellas hacen parte de las nuevas condiciones de entrelazamiento de lo social y lo político, de la formación de la opinión pública y del ejercicio de nuevas formas de ciudadanía.

Jesús Martín Barbero es investigador y profesor del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO en Guadalajara, México. Ha sido presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación y catedrático de la Facultad de Humanidades (Departamento de Periodismo) de la Universidad del Valle, en Cali (Colombia). Ha publicado diversos libros de referencia, entre los que destacan *Comunicación masiva, discurso y poder* (1983) y *De los medios a las mediaciones* (1993).
